

## BORRACHERA

Ven, Jarifa, trae tu mano,  
ven y pósala en mi frente...

ESPRONCEDA.

**E**N confianza, chiquilla:  
¿te gusta la manzanilla?  
Pues llena otra vez la caña  
y brindemos por Sevilla,  
¡lo mejorcito de Español  
¡Olé! Tu cutis cetrino  
se ha tornado purpurino;  
tus labios son casi rojos,  
y con la sangre y el vino  
se han inyectado tus ojos.  
¿Quieres besarme? ¡Pues besa,



aunque el mundo de traviesa  
y de impúdica te tachel  
¡Rodéame al cuello esa  
cabellera de azabache,  
y déjame oír atento  
el tic tac pausado y lento  
de ese corazón cansado,  
que no tiene sentimiento  
porque ya se lo ha gastado!

¡Pobrecita! Joven, bella  
y ya con tan mala estrella!  
¡porque tú has sido bonita!  
Otra copa? ¡anda con ella!  
¡Pobrecita, pobrecita!

Amor, suspiros y flores  
de locos adoradores;  
rosas, nardos y claveles...  
¿Qué es eso? ¿Lloras? ¡No llores,  
que no me gustan papeles!

Tú habrás tenido carruajes,  
blondas y sedas y encajes...  
¡lo creo sin que lo vea!  
Y te habrán servido pajes  
y lacayos con librea.

Ese rostro es peregrino,  
y habrás hecho ¡lo adivino!  
muchas conquistas con él...  
¡Y ahora estás bebiendo vino  
como un mozo de cordell

¿Puede igualarse el noyó  
á la manzanilla? ¡No!  
¡Esto es caer al abismo!  
¡Y esto te lo digo yo  
que estoy haciendo lo mismo!

¡Ay! Luego, á la madrugada,

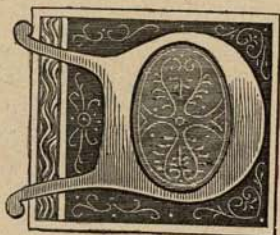
cuando apunte la alborada  
y salgamos á la calle,  
cual pálida flor ajada  
te doblarás por el talle.

Mas no será la postrera  
la presente borrachera;  
¡ese es el mundo! ¿qué quieres?  
¡uf! yo soy muy... *calavera*  
y tú... ¡no sabes lo que eres!

¡Otro brindis por Sevilla!  
¡anda, anímate, chiquilla!  
el que no goza se engaña.  
¿Te gusta la manzanilla?  
¡Pues llena otra vez la cañal!



## CONSEJO GRATIS



ICES, querido Antonio, que tu esposa,  
á quien creíste buena y cariñosa,  
te ha salido un demonio  
capaz de respetar cualquiera cosa  
menos la santidad del matrimonio?  
¡Caprichos de la suerte! No te choque

que la china te toque,  
y te amargue la hiel del desengaño.  
Entre tantos que aciertan, no es extraño  
que alguno se equivoque.

¡Paciencia y barajar! Si tu señora  
que olvida su deber y se propasa  
impúdica y traidora  
ha profanado el templo de tu casa  
con su instinto brutal de pecadora,  
es inútil que busques la manera  
de hacerla detenerse en su carrera,  
y no debes tomar, como un muñeco,  
una venganza innoble á palo seco.

Los celos son la bárbara metralla  
con que tropieza el hombre en la batalla,  
y suele ser difícil evitarlos;



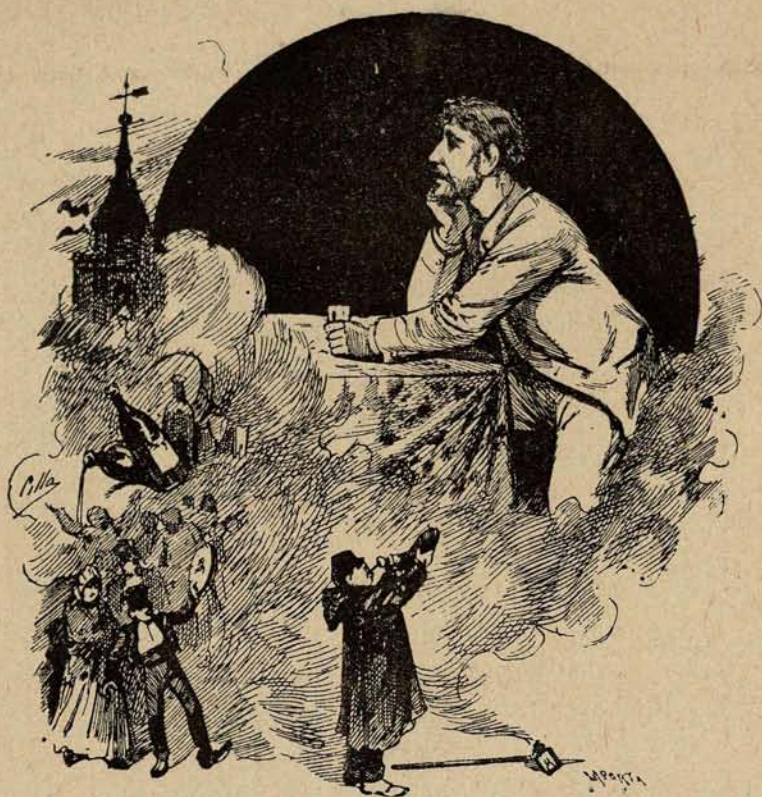
pero sólo en el modo de vengarlos  
se puede conocer á la canalla.

De los actos brutales  
el que repugna más, si se me apura,  
es ilustrar la piel de una perjura  
poniendo por viñetas cardenales.

Desengáñate, Antonio;  
es coyunda sagrada el matrimonio,  
y si la esposa ingrata  
la rompe, y echa al viento los pedazos,  
no se puede enmendar á bastonazos...  
¡ó se la deja en paz, ó se la mata!







## LA NOCHEBUENA

---

Aquí me siento, patrona,  
y, perdone usted si vengo  
á ocupar en la cocina  
una silla junto al fuego.  
¡Está mi cuarto tan solo!  
¿Que está como siempre? Bueno,  
pero á mí se me figura  
todo triste y todo negro.  
En la calle mucho ruido  
de tambores y panderos  
y guitarras y zamponas...  
y en el alma ¡qué silencio!



Créame usted que el contraste  
me da frío y me da miedo.  
¿Que escriba? ¡Si me parece  
que mojo la pluma en hielo  
y que sale á las cuartillas  
la pena que tengo dentro!  
¿Que vaya á ver á cualquiera  
de mis amigos? ¡No puedo!  
porque á estas horas, de fijo,  
está el que más y el que menos  
con sus chicos, ó sus padres,  
ó sus tíos, ó su abuelo,  
y donde quiera que vaya  
seré un intruso, ¡y no quiero!

—

Allá por los barrios bajos  
hay en los patios jaleo  
y alegran los corredores  
faroles y nacimientos.  
Hace colación quien puede;  
se hechan unas copas luego,  
y pasan la Nochebuena  
bailando por lo flamenco,  
entre tanto que la gente  
de gabán y de sombrero  
juega al tresillo ó al tute  
con los parientes y deudos,  
ó come turrón y almendras  
en derredor del brasero.  
Yo por fuerza he de aburrirme  
dentro de mi celda preso,  
porque me está prohibido  
turbar el placer ajeno,



y *no soy de la familia*  
y estorbo donde me meto.  
¡Los parientes! ¡Cosa buena!  
Los míos están muy lejos  
y ¡sabe Dios si esta noche  
me habrán echado de menos!  
Han pasado algunos años  
y todavía me acuerdo  
de las castañas cocidas  
y los manojos ardiendo...  
¡ya quisiera compararse  
lo presente con aquello!  
Le digo á usted que me llevan  
los diablos cuando me veo  
solito entre tanta gente;  
no es por ofenderla, pero...  
¡deme usted vino, patrona,  
que tengo frío por dentrol

---





## A UN FANFARRÓN

CALMA chicha, bosque umbrío,  
todo en el valle reposa,  
la arboleda silenciosa,  
leda el aura, manso el río,  
y el retirado Pedraja  
sentado en la yerba fresca  
con sus avíos de pesca  
y su sombrero de paja.

Al verle así preparado,  
la Naturaleza muda



no debió querer, sin duda,  
molestar al retirado.

Bajo el agua transparente  
esta calma se rompía,  
y allá en el fondo bullía  
un remolino viviente.

Un pez sube, el otro baja,  
todos dicen:—¿qué hay de nuevo?  
Y lo que había era el cebo  
del anzuelo de Pedraja.

Al ver aquella lombriz  
clavada de tal manera,  
se pensó en tragarla entera,  
pero sin riesgo á un deslíz.

Y hasta averiguar el modo,  
lo discutieron cien veces  
con calma, porque los peces  
tienen calma para todo.

Son gentes, aunque sencillas,  
formales; cuando les fríen  
no se quejan, ni se ríen,  
aunque les hagan cosquillas.

—¡Ello tiene buen olor,  
pero temo una emboscada!  
—La cuerdecita delgada  
es un lazo.

—No señor;

lo que hay aquí es mucho miedo.  
Ea, á tomar un bocado.

—Pero ese hierro doblado,  
¿qué significa?

—Un enredo.

—Alguna trampa.

—¿A que no?

—Señores, el caso es grave.



—¿No sabremos á qué sabe?

—Yo no me atrevo.

—Ni yo.

—¡Cobardes!—en són de guerra  
gritó, llegando orgulloso,  
un barbo jacarandoso  
como un chulo de la tierra.—

No tenéis intrepidez,  
ni el salero consiguiente.  
Un pez ha de ser valiente,  
ó no es digno de ser pez.

El que se aturde y se calla  
nunca será tanto así...  
y en fin, vais á ver que á mí  
nadie me moja la agalla.

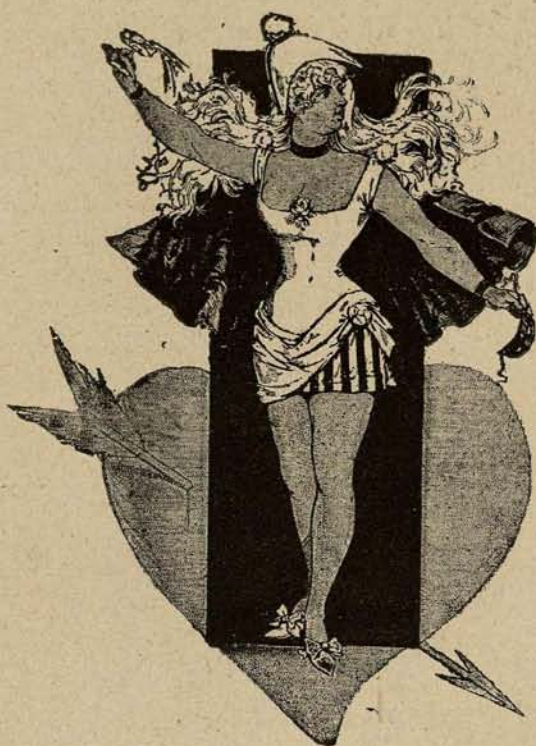
Y de una embestida sola  
se lo tragó... ¡Dios divino,  
no armaron mal remolino  
las aletas y la cola!

Hasta que un tirón de afuera  
sacó al pez como una paja...

.....  
—¡Buen punto!—dijo Pedraja—  
y lo metió en la chistera.







## EN LA VARIACIÓN ESTÁ EL GUSTO

Que ames infinitamente,  
si amas infinitas cosas.

CAMPOAMOR.

**A**RDIENTE, voluble,  
fugaz, pasajero,  
que abraza las almas  
con rápido fuego  
dejando la estela



de dulce recuerdo  
y cambie de rumbo  
cambiando de objeto;  
amor que no sea  
ni firme, ni eterno,  
ni soso, ni frío,  
ni tonto, ni ciego.  
Amor que agitando  
la sangre y los nervios  
produzca placeres  
profundos, intensos,  
y alegre y gracioso  
se vaya al momento  
buscando otros goces  
distintos y nuevos.  
¡Así es como adoro  
y así es como quiero!  
Tú, niña, te empeñas  
¡malditos empeños!  
en ser desgraciada  
tomándolo en serio.  
Tú quieres amores  
monótonos, secos,  
pesados, iguales,  
estúpidos, memos,  
suspiros ahogados,  
miradas al cielo,  
ayunos, ojeras,  
cartitas, cabellos...  
¿No es eso, morena?  
¡Pues, hija, no es eso!  
El mundo se engaña  
si piensa creerlo,  
forjándose iluso  
quimeras y sueños.





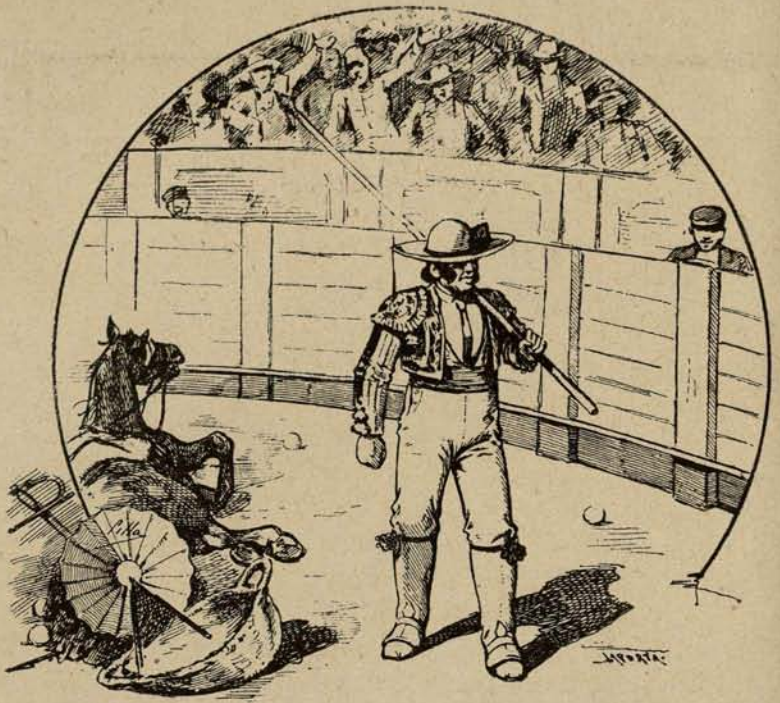
¿Cuál es *lo de siempre*,  
lo justo y lo cierto?  
¡Ayer las caricias,  
mañana el despegol  
¡Si todo es mudable!  
¡Si nada es eterno!  
¿A qué lagrimitas?  
¿A qué juramentos?  
Dirásme que algunos  
de amores han muerto,  
llorando desdenes,  
rabiando de celos...  
¡No importa! Excepciones  
de locos ó necios,  
que el ruín amor propio  
creyeron ajeno.  
¿Qué ideas son esas  
y qué hombres son esos?  
Habrá quien te diga:  
—Morena, me muero,  
si no me dan vida  
tus ojos de fuego.  
Si tú me lo mandas,  
me rajo ó me estrello,  
seré hasta la muerte  
tu esclavo, tu siervo.  
Mi amor no varía  
porque es verdadero...  
No creas á un hombre  
tan grave y tan serio,  
pues todos acaban  
por ser embusteros,  
perjueros, traidores,  
livianos, perversos.  
Yo no. ¡Dios me libre!



Yo aviso con tiempo;  
yo quiero caricias  
y abrazos, y besos,  
y amor que no sea  
ni firme, ni eterno,  
ni soso, ni frío,  
ni tonto, ni ciego.  
¡Y al menos, soy franco!  
¡Y al menos, no miento!







## ¡CABALLOS!

### I

EN la pelea indecisa  
de la metralla al abrigo,  
formó el cuadro á toda prisa  
el ejército enemigo.

Mucho ruido de cornetas;  
por centro, nueve cañones;  
por lados, las bayonetas  
de catorce batallones.

Mucha rabia en los soldados:  
el fuerte reducto en ruínas,

y entre los puños crispados  
temblando las carabinas.

¡Formidable y silenciosa  
muralla de carne y hierro!

Cesó entonces la espantosa  
fusilería en el cerro;

en las trompetas doradas  
vibró el himno de agonía;  
formó en filas apretadas  
la inquieta caballería;

rayos de luz arrancaron  
al sol los limpios aceros,  
y á la carga se arrojaron  
tiradores y lanceros.

¡Sus! Ya van los escuadrones  
á destrozar la muralla.

Se abre el cuadro, los cañones  
lanzan la roja metralla;

nuevas filas al momento  
cubren los anchos boquetes,  
y queda un montón sangriento  
de caballos y jinetes.

Vuelta á la carga! ¡Adelante!  
No logra romper el muro  
el martilleo incesante,  
siempre firme, siempre duro.

Hasta que un caballo overo,  
rotos freno y corraje,  
quebranta el bosque de acero,  
relinchando de coraje.

Un sargento le espolea,  
y sin darse cuenta, ataca,  
y el bridón salta, pateo,  
destruye, abolla y machaca.



Cuando el bruto fué en el pecho  
de un bayonetazo herido,  
el cuadro estaba deshecho  
y el combate decidido.

¡Honra fué para el valiente  
que despreció la metralla  
ascender á subteniente  
sobre el campo de batalla!

II

—¡Caballos!—grita la gente  
furiosa, por todos lados,  
enseñando al Presidente  
los puños enarbolados.

Seis jamelgos ¡ahí es nada!  
han entregado la piel,  
y aún muge la fiera airada  
en medio del redondel.

Van á clavarle en la testa  
las banderillas... ¡Atrás!  
¡Es un toro que se presta!  
¡Más caballos! ¡Quiere más!

Todo el público amenaza  
al primer banderillero,  
y un picador sale á plaza  
montando un caballo overo.

Vuela el toro, le arremete,  
el rudo golpe asegura,  
y van caballo y jinete  
á metro y medio de altura.

De loca alegría esclavo  
saluda el vulgo á la fiera  
y un Teniente grita:—¡Bravo!—  
de pie en la contrabarrera.

Agonizante el overo  
vuelve la vista al Teniente,  
y como «adiós» postrimero  
cae murmurando:—¡Indecente!







## RECTIFICACIÓN

---

ENOR... (aquí mi nombre).  
Usted perdonará si le incomodo;  
pero yo soy un hombre  
que adora la verdad antes que todo.  
Firmada por usted, el otro día  
leí una poesía

en que dice, y defiende sus ideas,  
que le gustan las feas,  
no por su fealdad precisamente,  
sino porque su cara les ampara  
y defienden su honra con la cara,  
como suele decirse vulgarmente.  
Si usted no se enfadara, le diría  
que eso no es garantía  
y puede chasquear tarde ó temprano.  
¡Crea usted, por favor, á un ciudadano,  
antiguo compañero en tontería!  
Mire usted: yo tenía en el asunto  
la mismísima idea,  
y la llevé á la práctica, hasta el punto  
de que me fuí al altar con una fea.  
Tenía la nariz mi buena esposa

tan excesivamente remangada,  
que era, menos nariz, cualquiera cosa,  
ó, hablando propiamente, no era nada.  
Yo estaba convencido  
de que íbamos, por fuerza, á ser felices,  
pues á ningún nacido  
le entusiasma esta clase de narices,  
y tranquilo, seguro y confiado  
me abandoné á la dicha de mi estado.  
¡Y cómo me reía  
de esos pobres maridos  
que dejan el honor sin garantía  
á merced de unos cuantos atrevidos!  
Pues bien; yo vivo ahora  
lejos de mi señora...  
¿Sabe usted por qué vivo de este modo?  
¡Porque me la ha pegado, fea y todo!  
He buscado al infame, le he encontrado  
y le he puesto amarillo á bofetadas.  
¡Resulta que al malvado  
le gustan las narices remangadas!

—  
Por eso ruega á usted que rectifique  
su servidor, *Nicasio Carraspique.*»

—  
Y yo, que me lo explico,  
no tengo inconveniente, y rectifico.







## Á UN POSTERGADO

YA me tiene usted molido  
con tantas lamentaciones,  
y ya no quiero más quejas,  
y ya no aguanto más voces.  
Si es usted y ha sido siempre  
un pedazo de alcornoque,  
¿quién diablos tiene la culpa

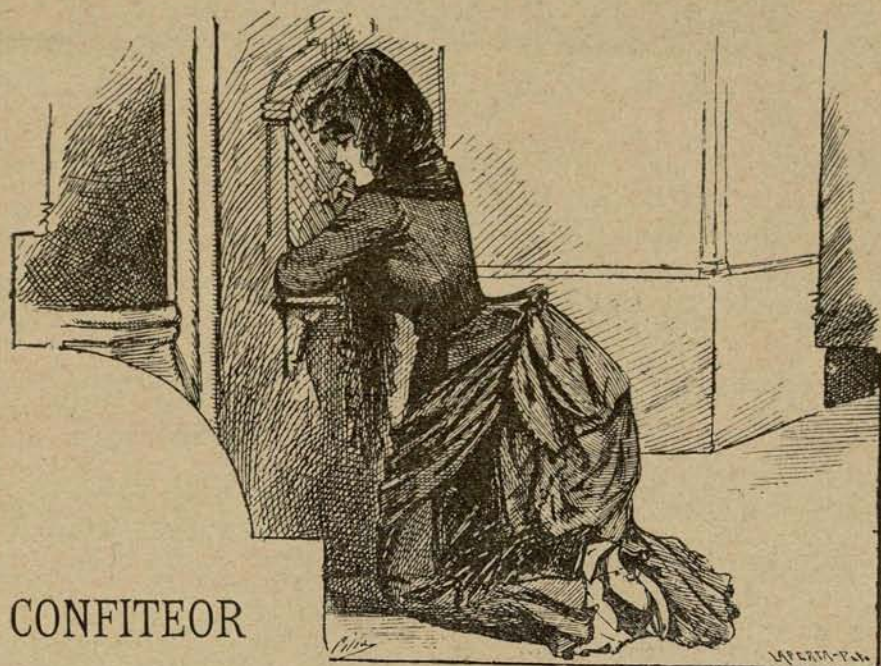
de que la suerte le azote?  
¿Que el mundo es necio? ¡Mentira!  
De sobra el mundo conoce  
lo que cada cual merece,  
y da lo que corresponde.  
¿Que hay genios desconocidos  
y talentazos enormes,  
á quienes nadie protege  
y á quienes todos se oponen?  
¡Ríase usted de los tontos  
que hacen correr esas voces!  
¿Que hay envidias? ¡Si la envidia  
favorece más que roel  
¿Que hay obstáculos? ¡Pues claro!  
¡como que es lógico el choque!  
En la mesa de la vida  
están justas las raciones,

y el que quiere asiento, tiene  
que ganarlo como un hombre.  
Vamos á ver, un ejemplo:  
Usted es mísero, y pobre,  
y desgraciado, ¿verdad?  
Bueno; pues ¿qué condiciones  
tiene usted para no serlo?  
Ninguna. Usted es un zote  
que no ha trabajado nunca  
ni de niño ni de joven  
ni sabe hacer otra cosa  
que mendigar protecciones.  
¿Que tiene usted hecho un drama  
que rueda entre bastidores?  
¡Pues bueno será el dramita  
cuando nunca se lo ponen!  
¿Que en los diarios le admiten  
sólo con tal que no cobre?  
¡Como que el sueldo es sagrado  
y no está bien que se robe!  
¡Infeliz! usted fastidia  
á empresarios y editores,  
y ninguno le hace caso  
y sus súplicas desoyen.  
Usted piensa que les guían  
malévolas intenciones,  
y no se le ocurre nunca  
que es usted sólo el fante.  
¡Mire usted que tiene gracia  
suponer que todo el orbe  
se ocupa en alzar murallas  
á ver si el genio las rompe!  
Supongamos que es usted  
un sastre de primer orden.  
¿Piensa usted que va á decir



la gente:—¡Qué lindo corte!  
¿es buen sastre? ¡pues no quiero  
que me haga los pantalones!—  
¡Al contrario, criatura,  
se irán al que mejor cosel  
Pues así es todo; al que vale  
el mundo no le pospone...  
No es esto decir de plano  
que á veces no se equivoque,  
y que pasen por lumbreras  
un montón de monigotes,  
¿pero que el que lo merece  
no se dé á luz?... ¡Vamos, hombre!





## CONFITEOR

### I

PADRE mío, perdonad;  
todos los días de fiesta  
voy á misa muy compuesta  
y es pecado, ¿no es verdad?

—¿Pecado? ¡cuánta inocencia!  
no, hija mía, tú has soñado  
ó, á lo menos, si es pecado,  
no merece penitencia.

—Decís bien; pero es que vos  
ignoráis...

—Debes saber  
que á la iglesia vas á hacer  
una visita á tu Dios.

—Sí señor, vos lo decís;  
pero no voy por la fe





ni por Dios, voy... porque sé  
que á la puerta estará Luis.

—¡Luis!

—Y os quiero confesar  
que esto no es lo que deploro,  
sino que entre tanto ignoro  
lo que pasa en el altar.

—¡Desgraciada! ¿Y es así  
tu mentida devoción?  
Pídele al cielo perdón;  
él tendrá piedad de tí.

Es preciso despreciar  
ese mundano atavío  
y olvidarse...

—¡Padre mío!  
yo no le puedo olvidar.

## II

—¿Suspiras?

—Busco la calma,  
y aquí vengó porque sé  
que en vos sólo encontraré  
la ansiada quietud del alma.

—¿Qué es?

—Una duda fatal  
que me agobia con su peso.  
Decidme, por Dios, ¿un beso  
es un pecado?

—¡Mortal!

—¡Dios mío! Luis, al partir,  
de hinojos me lo pidió

de tal manera, que yo  
no le supe resistir.

Padre mío, ¡y es tan suave,  
tan purísimo el placer  
que causal... ¡no puede ser  
un beso cosa tan gravel

¡Toda el alma se consume!  
¡parece que de la boca  
que con la nuestra se toca  
surge un raudal de perfume!

—¡Desventurada! No es  
un beso punible exceso,  
pero ¡ay de tí, si á ese beso  
siguen dos, y luego tres!

¡Si ese lazo perfumado  
que embriaga tu sér entero  
forma el peldaño primero  
de la escala del pecado!

III

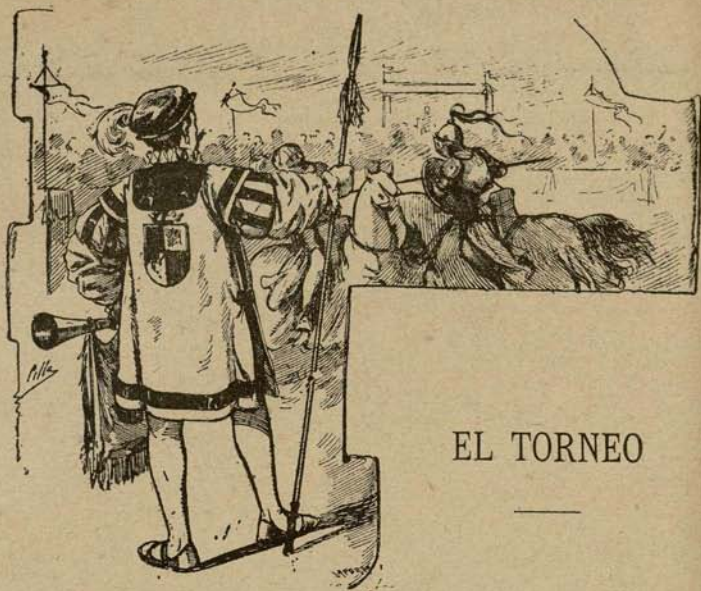
—¿Lloras?

—No puedo mentir;  
perdonadme, señor cura,  
pero...

—¡Calla, criatural  
¡Sé lo que vas á decir!







## EL TORNEO

---

Los farautes abren palenque,  
se harta un heraldo de vocear,  
y entra montado sobre un arenque  
Nuño Fernández de Villalar.

De mala estampa jinete y potro,  
flaco es el hombre, flaco el rocín,  
¡bien se completan uno con otro!  
¡nunca se ha visto nada tan ruín!

—Rodarán ambos, no cabe duda;  
ningunó tiene buena salud,—  
esto se dice mientras saluda,  
con carcajadas la multitud.

Plumas y cintas luce en el casco;  
se ve que el hombre quiere agradar,  
mas, por desgracia, se lleva chasco  
Nuño Fernández de Villalar.

Luz y colores, pajes, jinetes,  
damas, guerreros, ¡qué cuadro aquéll!

mil banderolas, mil gallardetes,  
grave un Monarca bajo un dosel.

Y en un extremo de la palestra  
la encantadora bella Leonor  
que en un estrado sirve de muestra...  
¡va á ser el premio del vencedor!

Cien campeones luchan por ella  
del niño ciego bajo la ley,  
porque es muy rica, porque es muy bella,  
y al más valiente la ofrece el Rey.

De amores loca tiene á la niña  
gentil mancebo que á luchar va.  
¿Es caballero? ¡Pues bien, que riña,  
y el Rey, si vence, se la dará!

Se afirman todos en sus monturas,  
y de la cuja sale el lanzón  
que hiende y raja las armaduras  
como si fueran de requesón.

A cada choque cae un herido,  
pero la dama sonrfe ya,  
porque el amante favorecido  
la mejor parte llevando va.

El caballero luchando goza.  
Dos ojos negros fijos en él  
le están diciendo:—¡mata, destroza!  
¡llévate el premio, noble doncell

Ya sólo enfrente, lacio y enteco,  
tiene un jamelgo que derribar,  
el cual encima lleva un muñeco:  
¡Nuño Fernández de Villalar!

Bajo la dura férrea careta  
sonrfe el héroe con fruición.



Tal enemigo ya no le inquieta;  
¡morderá el polvo sin compasión!

Pero en el rudo choque primero  
encuentra acíbar buscando miel;  
¡potro y jinete tienen de acero  
musculatura, nervios y piel!

¡Vaya un empujel! ¡Vaya unos puños!  
¡Y cómo el penco sabe apretar!  
¡Vale sin duda por veinte Niños  
Niño Fernández de Villalar!

Vence el muñeco, ¡maldita estrella!  
al Rey se acerca, pide merced,  
y la divina gentil doncella  
dice llorando: ¡Fíese usted!

—  
Ya su tesoro tiene en los brazos,  
goza sus gracias, oye su voz...  
(Ganar las damas á puñetazos  
será muy bueno, ¡pero es atrozo!)

Al mes y medio de matrimonio  
se la ha pegado ya su mujer  
y el hombre piensa dado al demonio:  
esto tenía que suceder!

—  
¡Ya no podemos hacer lo mismo!  
¿Por qué no vuelves, dichosa edad?

.....  
Algunos dicen:—¡Cuánto heroísmo!  
Yo digo:—¡Cuánta barbaridad!



EXCMA. SRA. CONDESA DE...

---

**P**UESTO que he sido invitado  
á la magnífica fiesta  
que, en su palacio, mañana,  
da á sus amigos vucencia,  
y ya que me es imposible  
honrarme asistiendo á ella,  
debo dar explicaciones  
que mi conducta defiendan,



y no se tome á desaire  
lo que es tan sólo prudencia.  
Yo, señora, soy del pueblo  
que no entiende de etiquetas,  
simple obrero en los talleres,  
soldado raso en la guerra,  
que baila jota en la plaza  
y con el vals se marea.  
Mi paladar no distingue  
las ostras de las almejas,  
ni el *champán* de cinco duros  
del vino de Valdepeñas.  
¿Cómo iba á estar en mi centro  
en esa morada regia  
si no tengo la costumbre  
de quebrarme en reverencias,  
ni distinción en el porte,  
ni sangre azul en las venas?  
Soy áspero por instinto,  
rudo por naturaleza,  
y nací indudablemente  
para ir á labrar la tierra.  
No fuí, porque me llevaron  
de chiquitín á la escuela,  
y á fuerza de sacrificios  
me dieron una carrera.  
Entráronme ganas luego  
de hacer coplitas como estas,  
y me ha resultado ahora  
que dan dinero por ellas.  
Pero mis gustos son bajos,  
mis aficiones plebeyas,  
y si mañana la suerte  
llegase á dar una vuelta,  
yo empuñaría la azada

para ganar dos pesetas,  
 como si hubiera pasado  
 toda la vida con ella.  
 ¿Yo en un salón? ¡Imposible!  
 Sé de fijo que si fuera,  
 sería el borrón del cuadro  
 de elegancia y de riqueza,  
 y las burlas que al momento  
 atraería mi presencia,  
 sobre vucencia caerían  
 por invitarme á la fiesta.  
 Y como no entra en mis planes  
 perjudicar á vucencia,  
 cuya bondad agradezco  
 y he de pagar como pueda,  
 me quedo en casa tranquilo  
 y encerrado en mi modestia.  
 Además, no me divierto,  
 ni mucho menos, Condesa,  
 y perdone el egoísmo  
 como premio á la franqueza.  
 La etiqueta me fastidia;  
 los perfumes me marean,  
 la música me entristece  
 y los diamantes me ciegan.  
 Yo sólo respiro á gusto  
 con el aire de la imprenta,  
 y entre gente de mi clase  
 que fuma, y canta, y blasfema,  
 al pie de las sucias cajas  
 sobre montones de letras,  
 mientras el motor resopla  
 y las máquinas se quejan,  
 y van saliendo á millares  
 las grandes hojas impresas,





que van á correr España  
y entre sus pliegues me llevan.  
Con ese placer me sobra,  
toda mi ambición es esa,  
y tengo, como inmediata  
y lógica consecuencia,  
las manos llenas de tinta,  
la cara tiznada y negra...  
¿Qué he de hacer en los salones?  
Comprometer á vucencia.  
Por lo tanto, aquí me quedo  
con mis instintos de fiera,  
sin ver damas de merengue  
ni caballeros de yema,  
entre esta gente de blusa  
que lleva la cruz á cuestras,  
y es donde á mí se me antoja  
que están los hombres de veras.







## LA TENTACIÓN

---

### I

DE humilde celda en el lecho,  
después de rezar, dormía  
la colegiala María,  
al aire el ebúrneo pecho,  
en revuelta confusión  
la dorada cabellera,  
y sonriendo hechicera  
la boquita de piñón.

¡Linda estaba la chiquilla  
con su languidez graciosa!



¡Sólo por verla, era cosa  
de encender una cerilla!

De pronto, allá en un rincón,  
de San Juan sobre el retablo,  
vino á aparecer un diablo  
tan negro como el carbón.

¡Qué miedo! Quiso dar voces  
y no pudo la doncella,  
al ver acercarse á ella  
aquellos cuernos atroces.

—¡Aparta, monstruo! ¿Qué quieres?—  
murmuró con un gemido.

Y amante el aparecido  
contestó:—¡Qué hermosa eres!—

¿Disgustó el piropo aquel  
á la niña? ¡No señor!  
que siempre agrada una flor  
aunque la diga Luzbel.

Pero creyéndose el tuno  
dueño ya de tal tesoro,  
prosiguió:—¡Cuánto te adoro!  
Dame un beso... ¡sólo uno!...

Se irguió la joven altiva,  
defendiendo su hermosura,  
ante aquella catadura  
fiera, asquerosa y lasciva.

Imploró la protección  
de Dios contra Satanás.  
Santiguóse luego, y ¡zas!  
huyó á escape la visión.

.....  
Cuando supo al otro día  
el caso la superiora,  
lloró la buena señora  
al abrazar á María.

—¡Tu acción de gozo me llena—  
la dijo—y al cielo es grata!  
Y hubo medalla de plata  
y doble postre en la cena.

II

Dormía al día siguiente  
la niña sencilla y pura,  
cuando una esbelta figura  
se la acercó lentamente.

No se estremeció de horror  
ni se alteró su reposo,  
porque el mancebo era hermoso  
como pintan al amor.

Dulce sonrisa plegaba  
sus labios frescos y rojos,  
y así quemaban sus ojos  
como un torrente de lava.

Amante audaz, con el brazo  
separó el rubio cabello  
y de la virgen el cuello  
ciñó con estrecho lazo.

La dijo:—Te amo, mujer.—  
Y ella apasionada, loca,  
al contacto de su boca  
sintió un raudal de placer.

Y, sin saber lo que hacía,  
besó al doncel... De repente  
la despertó una estridente  
carcajada de ironía.

.....



¿Era el diablo el ángel bello?  
La colegiala lo ignora,  
y la madre superiora  
no supo nada de aquello.





## SOBRE GUSTOS...

---

QUE á mi lado te aburres? ¡Pobrecita!  
Pues contaré una historia. Oye, Juanita,  
que la sé de memoria:

---

El castillo feudal en donde empieza  
y concluye mi historia,  
además de imponente fortaleza,  
era, por dentro, imagen de la gloria.

Porque era muy galán el castellano  
y era la castellana tan galana  
como un clavel temprano,  
y vivía el tirano  
muriendo por su bella castellana.

De fiera condición, jamás vencida,  
ante nadie humillaba la cabeza  
y todos maldecían su fiereza  
menos la dulce esposa de su vida.

Que el hombre que ganaba á puñetazos  
las tierras ocupadas por el moro,



derrochaba un tesoro  
de dulzura y de amor entre sus brazos.

¡Y era digna pareja de su esposa!  
Bravo, correcto, hermoso,  
adorándola humilde y respetuoso  
como á una reina!... ¡Más! ¡como á una diosa!

Y ella... ¡maldita condición humanal  
se había enamorado

¿á que no aciertas, Juana?  
¡De un bufón asqueroso y jorobado!

No pueden explicarse con razones  
tales aberraciones;

pero es lo más horrible de la cosa  
que aquella castellana

que trataba á su esposo desdeñosa  
con la fría altivez de soberana,

era con el amante  
débil, dulce, insinuante,

y llegó á dominarla de tal modo  
aquel villano repugnante y feo,

que trocó en acicates del deseo  
los bárbaros ultrajes del beodo.

¡En la misma mejilla sonrosada,  
sobre el amante beso del esposo,

la brutal bofetada  
del bufón jorobado y asqueroso!



.....  
Y aquí se acaba el cuento

sin venganza, ni muerte, ni castigo.

¿Que no es interesante? Pues lo siento,  
pero esta es la verdad, y así lo digo.

Del fondo escaso que la historia encierra,  
deducirás, si quieres,

que siempre ha habido chulos en la tierra  
y siempre han sido tontas las mujeres!

## EN CONFIANZA



STOY muy desesperado  
conmigo mismo... y con otros  
que se empeñan en hacerme  
calaverilla bisoño.

¡Dale á mirarme á la cara  
y á escudriñarme los ojos,  
y á ver arrugas fatales,  
marca de graves trastornos,  
y á asegurar que me llevan  
los diablos dentro de poco,  
y á darme buenos consejos  
que ni yo deajo ni tomol  
—«¡Tú estás malo, criatural  
—¡Tú vas á morir muy pronto!  
—¡Vaya una vida que tienes!  
—¡Bien te diviertes, galopol  
—¡Tú te gastas el dinero  
malamente, ¡lo conozcol  
—Con la salud no se juega.  
—Te recomiendo el ahorro.  
—El que de joven no guarda,  
muere miserable y solo...»  
Y así los que al paso encuentro



me acribillan á piropos  
y compasivos me venden  
protecciones que no imploro.  
No se le ocurre á ninguno  
calcular, ni por asomo,  
que puede ser el trabajo,  
á cuyo peso me doblo.  
No señor, si tengo ojeras  
es señal de que trasnocho,  
y si trasnocho, es seguro  
que me consume el jolgorio,  
francachelas, ó barajas,  
ó mujeres, ¡ó demonios!  
Y entre que soy inocente  
y entre que lo niegan todos,  
estoy pasando en la vida  
las penas del purgatorio.  
¡Caigan pestes y anatemas  
sobre el muchacho vicioso  
que desbarata el producto  
del trabajo de los otros  
y en el albor de la vida  
viene á parar en el hoyol  
Los que heredan cinco duros  
y los ponen al tres de oros  
ó se los dan á una chica  
para comprar perifollos,  
bueno que sufran sermones  
y consejitos juiciosos;  
pero yo, que sin ayuda  
me lo guiso y me lo como  
y solito salgo en busca  
de lo que me pierdo solo,  
¿qué grave falta cometo  
ni en qué compromiso pongo

á nadie, y á quién fastidio  
si no prospero ni engordo?  
A los graves moralistas  
les debe importar muy poco  
que en la Corte me consuma  
liquidando lo que cobro.  
Vine con una peseta  
¡y tengo derecho á todo!





## COSAS DE NIÑOS



STABA aburrido ayer,  
por lo cual fuí de visita  
en casa de Doña Rita  
que es una buena mujer.

Se quejó de mi abandono,  
me llamó tunante, pilló...  
pero me dió un pastelillo  
y una copita *del mono*.

Y es el caso horrible y cierto,  
que sonó la campanilla  
y entró la honrada y sencilla  
familia de don Ruperto,  
que se compone de él mismo,  
su mujer, linda alcarreña,  
y una niña pequeña  
que parece un sinapismo.

Los papás la quieren tanto  
que hablan siempre sólo de ella.  
—¡Qué monísima!—¡Qué bella!  
—¡Y qué lista, cielo santo!  
—Dale un beso á aquel señor.  
—Abraza á aquella señora.  
—¡Niña más encantadora!  
—¡Qué lindeza!—¡Qué primor!

(Y la chiquilla callada  
comiendo con ansia un bollo.)

—Saluda en francés, pimpollo.

(Nada.)—Dinos algo. (Nada.)

¿Te acobardas? Vamos, dí,  
contesta en un periquete.

¿Quién es tu papa?—Ete, ete.

(Y me señalaba á mí.)

—¡No, tonta! (grita mamá  
ofendida y con razón.)

Aquel que está en el rincón;  
¡fíjate! aquel es papá.

Se aturde la pobrecita,  
y hasta que el miedo no eche...

—¡Chist! ¿Cómo te llamas?—¡Chechel!

—¿Qué quiere decir?—¡Julita!

—¡Ah! pues lo dice muy claro.

—¡Si es muy listal—Ya lo veo.

—¡Y baila muy bien!—Lo creo.

¡Y nunca tropiezal—Es raro.

—Verá usted: ¿Quieres bailar?

—Anda, nena, baila un poco.

Toca, Ruperto.—Y ¿qué toco?

—Cante usted.—No sé cantar.

—Cualquier cosa; un rigodón...

—Allá va, pues no hay escape:

¡Tipitape, tipitape,  
tipitape, tipitón!

.....  
—¡Es precioso el estribillo;  
qué música tan sencilla!

(Y á todo esto la chiquilla  
quieta como un marmolillo.)

—¡Qué bien le está el traje azull

—¡Vaya! ¡es una buena mozal



—¡Si viera usted cómo goza  
tirando del rabo al *Tul!*

—¿Y quién es el *Tul!*?—El gato.

—Niñita, vamos á casa.

—¡No tero! (Y sigue la guasa  
y se hace eterno el mal rato.)

Y pasamos en un brete  
toda la tarde de Dios.

La cosa empezó á las dos  
¡y no acabó hasta las siete!

¡Ay! ¡Qué engorrosos cariños!  
Me fastidian, me sublevan  
esos padrazos que llevan  
á todas partes los niños.

Tanto mimo ya no pasa;  
que los quieran, sí señor;  
pero ¡que hagan el favor  
de dejárselos en casa!





## COSAS DE JÓVENES

Voy á hablar de otra visita,  
con el permiso de ustedes.  
Pero no es á Doña Rita,  
hoy es á Doña Mercedes,  
la cual es una persona  
digna de ser visitada,  
pues aunque un poco jamona,  
está muy bien conservada.

En fin, por no hacer prolija  
esta inútil digresión,



diré que tiene una hija  
que ha de llamar la atención.

A estas fechas tendrá Rosa  
veinte años próximamente,  
y es muy linda y muy graciosa,  
mejorando lo presente.

Además, la educación  
ha completado en París,  
y tiene más de un millón,  
que no es un grano de anís.

Decir, pues, no necesito,  
porque se supone ya,  
que la niña es el ojito  
derecho de su mamá.

Fuíme allá con aire y facha  
de conquista, ¡no que no!  
Entré, salió la muchacha  
y atenta me saludó

con galante cortesía  
y en francés correcto y puro.  
(Digo yo que lo sería,  
pero no estoy muy seguro.)

—Señorita—dije, viendo  
que la cosa iba al revés,—  
confieso que no comprendo  
ni una jota del francés.

—¡Ah! pues yo soy de ese idioma  
decidida apasionada.

—Y con mucha razón. ¡Toma,  
si el nuestro no vale nada!

—¿Por qué no hace usted un viaje  
á Francia?

—Sí, cualquier día...

—Porque aquél es el lenguaje  
de los hombres de valía;

y usted tendrá, Dios mediante,  
al cabo de un año ó dos  
una posición brillante.

—¡Sí! ¡Buena te la dé Dios!

—Ya sé que es usted modesto,  
simpático...

—¡Por favor!

(Pero, ¡Dios mío! ¿qué es esto?)

—Simpático, sí señor.

Y creí que era usted feo  
(tal me lo habían pintado);  
pero ahora que le veo,  
ya sé que me han engañado.

—¡Señorita!

—¡Nada, nada;

no hay que hacerse el pequeñito!  
(Y me lanzó una mirada  
capaz de dejarme frito.)

—Pero es usted indiferente  
en las cosas del amor,  
y eso, hablando ingenuamente,  
le hace á usted poco favor.

¿Cómo puede usted vivir?

¡Jesús! ¡tan soso! ¡tan triste!...

¡Cuántas quisieran rendir  
esa alma que se resiste!

(Y vuelta á darme sonrojos  
con su mirar descarado,  
y á hacerme bajar los ojos  
poniéndome colorado.)

Y entre el difícil trasteo  
y el manejo de la red,  
yo hacía un papel muy feo  
pegadito á la pared.

Voy á escapar.. ¡que si quieres!...



Vuelta abajo, vuelta arriba...  
¡Me fastidian las mujeres  
que toman la iniciativa!

Si en la entrevista primera  
se ponen los pantalones,  
y echan el resto... ¡cualquiera  
se mete en declaraciones!

Serán guapas, serán ricas,  
pero así ¿quién se enamora?  
¡Caracoles con las chicas  
que nos han salido ahora!

Nada; á vivir me resuelvo  
quieto entre cuatro paredes.  
Por de pronto, ya no vuelvo  
á ver á Doña Mercedes.





## ÉGLOGA

(COMO LAS ANTIGUAS, PERO Á LA MODERNA)

Paced, mansas ovejas,  
la yerba aljofarada...

—  
Estaba *desaminando*  
como *cambean* los tiempos...

**E**CHA hacia aquí, Pascual! ¡Eres más bruto  
que el picacho de hierro de la torre!  
Suelta el perro; ¡anda, corre!  
¡No ves que á la derecha hay mejor fruto?  
Allí junto al tomillo,  
en la ladera misma  
se ha quedado un borrego. ¡Eh! ¡Pascualillo!...  
¡Tírale el palo y rómpele la crismal!



La oveja del cencerro  
no cura la cojera en tres semanas.  
¡Qué lástima de hierrol...  
¡Suelta una piedra al perro  
que se larga al arroyo á buscar ranas!

Sentémonos, zagal, que ya es la hora;  
y veamos, al lado  
de esa fuente que llora,  
lo que se le ha antojado  
meter en el morral á Nicanora.  
Pan y queso, patatas y judías...  
¡lo de todos los días!

Y dice Celedonio el estudiante,  
¡pedazo de bergantel  
que la vida del campo es cosa rica;  
con el palo, el zurrón y la pellica,  
asegura que somos muy felices,  
¿eh? ¿qué tal? ¿Tú qué dices?  
A mí se me figura  
que, pese á Celedonio,  
esta vida de paz y de dulzura  
no la aguanta el mismísimo demonio.  
Me parece mejor vestir de fino  
y echarse á la bartola como un vago...  
¡Pascual! alarga el vino,  
echaremos un trago.



¿Sabes lo que me ha dicho el otro día  
Sebastián el pastor? Que el señorito  
anda tras de quitarme á Rosalía.

¡Toma! ¡y lo hará el maldito!

¡Pues bonita es la moza!

Dice que es su querer para mí solo,  
y cuando hay tamboril, baila y retoza  
con Simón, y con Juan, y con Bartolo.

¡Pero que ande con tiento,  
porque yo tengo hiel en las entrañas,  
y si sigue en sus mañas  
el día que la coja la reviento!

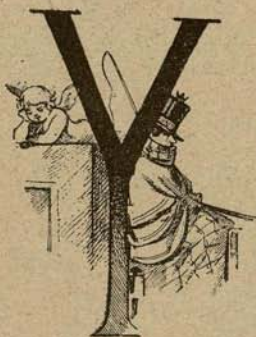


—  
¿Qué es eso? ¿me has oído?  
(¡Mala bomba le parta! ¡Se ha dormido!)  
¡Anda arriba, zoquete; arriba, perro!  
¡Echa el ganado al cerrol...

(Si le vuelve á pasar al gandulazo  
caerse de pereza,  
le rompo la cabeza de un trancazo  
y que pida á su madre otra cabeza.)



## EL ÁNGEL DE LA GUARDA



o era en la etérea mansión  
(nunca he sido vanidoso)  
el querubín más hermoso  
de la undécima legión.

Cantor de gusto exquisito,  
la clac celeste aplaudía  
mis derroches de armonía  
por el espacio infinito.

Pero... tras la paz la guerra.

Un día, forzando el vuelo,

llegó á las puertas del cielo  
el correo de la tierra.

Y al entrar por los pasillos  
gritó:—¡Dentro de un segundo  
van á nacer en el mundo  
diez mil seiscientos chiquillos.—

Órdenes, prisas, afanes  
hubo entre los serafines,  
y al terminar los clarines  
la llamada de guardianes,  
dieron al olvido en breve  
sus cítaras de marfil,  
y se juntaron diez mil  
quinientos noventa y nueve.

—¡Uno más!—gritó el correo—  
¿á dónde están los demás?—

Y dijo una voz:—Quizás  
hayan ido de paseo.

—Señor, aunque algo me pese,  
en demanda acudo á tí.—

Y señalándome á mí,  
dijo Dios:—Que vaya ese.

¡Up... up!... cual exhalación  
volé, y aquí estoy al lado  
de un infeliz, amarrado  
al pescante de un simón.

Y con la duda batallo  
que ya en resolverse tarda:  
¿seré el ángel de la guarda  
del cochero, ó del caballo?

Lo cierto del caso es  
que, por voluntad de Dios,  
nos aburrimos los dos  
ó, mejor dicho, los tres.

Ni yo sé cómo vivir  
para estar entretenido,  
ni tiene mi protegido  
pasiones que combatir.

Hay en el mundo otros seres  
á quienes hacia el abismo  
arrastran el egoísmo,  
la ambición ó las mujeres.

Pero aquí sólo la eterna  
calma que convida al sueño,  
rompe el instintivo empeño  
de meterse en la taberna.



—¡No entres, Toribio, á beber,  
que eso la vida te acortal...

Y él dice:—¿A tí qué te importa?

Y entramos, ¿cómo ha de ser?

Este es el papel que yo  
he venido á hacer aquí.

Él siempre diciendo:—¡Sí!

Yo contestándole:—¡No!

Corta y sencilla es la historia:  
una fecha, un trago, un nombre.  
Seguro estoy de que este hombre  
se va derecho á la gloria.

Pero mi suplicio es tal  
que no deseo su muerte,  
porque esto lo encuentra fuerte  
mi inocencia angelical.

Mas ¡ay! que como una carpa  
pegado á un tonel de vino,  
cuando vuelva á mi destino  
no sabré tocar el arpa.





## ADORABLE MATILDE

---

ADJUNTOS te remito  
por la portera  
un collar muy bonito  
y una pulsera.  
¿Gracias? ¡No las mereces!  
¡Si el tal regalo  
de fijo te parece  
bastante malo!  
Justitos y cabaes  
ambas preseas  
me han costado diez reales,  
¡para que veas!  
No me llares tacaño,



pichona mía,  
que, aunque parezca extraño,  
desearía  
darte piedras preciosas  
¡te lo aseguro!  
pero no hay esas cosas  
por medio duro.  
Anteayer, con un gesto  
que daba encanto  
y tomando el pretexto  
de ser tu santo,  
me dijiste:—Vicente,  
¡mi vida diera  
por tener un presente  
tuyo, cualquiera!—  
Y yo, que soy un tuno  
¡quién lo pensara!  
te ofrecí comprar uno  
que te gustara.  
En consecuencia, obrando  
de esta manera,  
ese collar te mando  
y esa pulsera.  
El valor de la pasta  
no será grande,  
pero creo que basta  
que yo los mande.  
Una de dos, lucero,  
sol de la casa,  
ó es tu amor verdadero  
ó es una guasa.  
Para recuerdo santo  
de un sér amante,  
un cuerno vale tanto  
como un diamante.

Y pues de amor eterno  
mil votos hice,  
yo te regalo el cuerno,  
como quien dice.  
Si de veras me quieres  
como aseguras,  
al trocar en placeres  
mis desventuras  
¡oh reina de las rosas  
y las Matildes!  
no tirarás mis cosas  
por ser humildes,  
y si somos amantes  
de cuatro días,  
aunque fueran brillantes  
las tirarías.  
Conque yo, por si acaso  
surge un apuro,  
me echo fuera del paso  
con medio duro;  
que si del alma salen  
las intenciones,  
diez reales equivalen  
á diez millones;  
y si resulta un beso  
comedia odiosa,  
la fortuna de Creso  
no vale cosa.  
Además, las alhajas  
que aquí te envío,  
tienen otras ventajas  
en favor mío.  
¡Como salta á la vista  
su poco precio  
y no hay un prestamista






que sea necio,  
aunque en lucirlas sueñes,  
si las enseñas  
¡por mucho que te empeñes  
no las empeñas!



## EL REGIMIENTO DE DESECHO

### I

va de historia, aunque parece cuento.  
Había un regimiento  
compuesto de soldados chiquitines,  
torpes, endebles, ruines,  
gente menuda, en fin, y desgraciada  
que era el *hazme reir* de la brigada.  
El General en jefe,  
á la vista de tanto mequetrefe,  
jamás utilizaba los servicios  
de aquella colección de desperdicios;  
Por lo cual no es extraño  
que llevando en campaña más de un año  
no hubiera entrado en fuego  
ni se hubiera arriesgado en la batalla  
lo que con gran despego  
llamaba todo el mundo *la morralla*.



II

El combate empezó con la alborada,  
apretaban de firme los cañones,  
y aunque hacía prodigios la brigada,  
no podía tomar las posiciones.

Apenas se formaban en el llano  
las columnas de ataque, el enemigo  
deshacía las huestes, al abrigo  
de un reducto cercano.

Al toque de corneta,  
bajo una espesa lluvia de metralla,  
se arrojó todo el mundo á la muralla,  
calando bayoneta.

Vana temeridad. Nadie podía  
tomar la batería,  
porque al llegar allá los batallones  
los hacían pedazos los cañones  
y había que emprender la retirada  
con la gente diezmada.

Furioso el General ante la idea  
de perder la partida en la pelea,  
mandó á buscar la muerte  
en el rudo fragor de la batalla  
á quien quiso el capricho de la suerte,  
y le tocó morir á la morralla.

III

El pobre regimiento de desecho  
se formó en un repecho,  
entre tanto que el resto de la gente  
se refa á mandíbula batiente.

Rabioso el Coronel, se puso al frente  
y dijo:—¡Á ver, muchachos,  
cómo saben morir los mamarrachos!  
¡Arribal y ¡viva España!

Preludió la charanga el paso doble,  
y el macizo montón de gente innoble  
empezó la ascensión á la montaña.

Llovían proyectiles,  
mas la columna prosiguió tranquila  
sin disparar, al hombro los fusiles,  
y sin romper la fila.

A pecho descubierto, á campo raso  
subían los soldados decididos,  
dejando como huellas de su paso  
un reguero de muertos y de heridos.

Al encontrarse al pie de las trincheras  
la poca gente que llegó con vida  
desahogaron los hombres, como fieras,  
la rabia tanto tiempo comprimida.

Y tomado el reducto, la morralla  
el éxito marcó de la batalla.

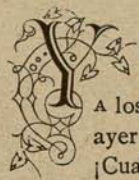


IV

De cien hombres constaba el regimiento,  
que tenía dos mil; pero los ciento  
tornaron á bandera desplegada  
para ocupar su puesto en la brigada.



## ¡VEINTICINCO AÑOS!



A los tengo, sí señor,  
ayer mismo los cumplí.  
¡Cualquiera me tose á mí  
desde que no soy *menor!*

Estoy redimido ya  
por una ley bienhechora:  
Antes... ¡un *quidam!* Ahora...  
¡buena diferencia val

¡Afuera lazos serviles  
que la familia me puso!  
¡Ya estoy en el pleno uso  
de mis derechos civiles!

Por mi cuenta, si es preciso,  
puedo armar muchos belenes,  
¡y hasta administrar mis bienes  
y casarme sin permiso!

¡Gran día! ¡dichosa edad!  
¡qué alegría! ¡qué fortuna!  
Todo está bien, pero hay una  
pequeña dificultad.

Ya veo, y me felicito,



mis afanes satisfechos;  
tengo todos mis derechos  
¡pero no los necesito!

La suerte así lo dispone  
y mientras ella no acude...  
¿matrimonio? ¡Dios me ayude!  
¿y bienes? ¡Dios me perdone!

De modo que, siendo así,  
aunque no tenga tutor,  
sigo siendo tan *menor*  
como el día en que nací.

En resumen, ¿qué he ganado?  
la menor edad *es ida*  
y lo mejor de la vida  
para siempre se ha pasado.

¿Cómo? Pensarlo no quiero;  
yo no he tenido ilusiones,  
ni placeres, ni emociones,  
ni amorfos, ni dinero.

Buscándolo con ardor  
he trabajado á destajo,  
¡ay! en esto del trabajo  
siempre voy á ser menor.

¡Imbécil! Siempre cobarde,  
tímido con las mujeres...  
Cuando busque esos placeres  
y me atreva, ¡será tarde!

Y muy tarde cuando cobre  
mis romances y cuartetas,  
y junte cinco pesetas  
para dejar de ser pobre.

¡Oh! Con esto de la edad  
es gracioso lo que pasa...  
Yo creo que es una guasa  
de toda la humanidad.

Cuando uno es joven, y puede  
luchar, le dicen:—¡Andando!  
Trabaja, que trabajando  
verás lo que te sucede.

Se cumplirán tus deseos  
y gozarás sin medida,  
¡pero no gastes la vida  
en fútiles devaneos!—

Y cuando en la lucha honrada  
cumple cual buen ciudadano,  
y al alcance de la mano  
tiene la dicha soñada,

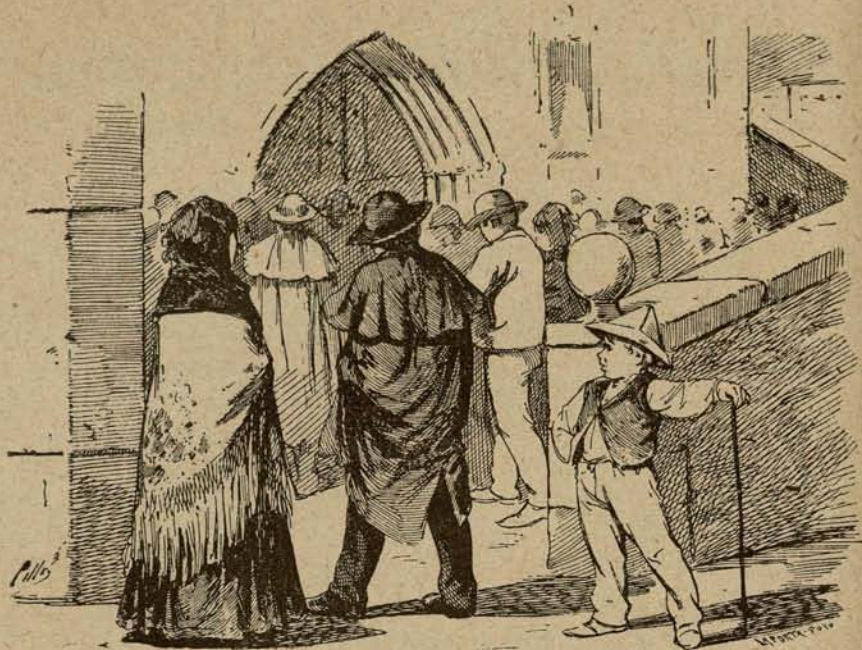
si todo le importa un bledo  
y la sangre no retoza,  
cuando dicen:—¡Anda, goza!—  
¿qué contesta?—¡Ya no puedo!

Pues este es el porvenir  
que me aguarda, ¡estoy seguro!  
De joven, trabajo duro;  
de viejo... ¡nada! Decir,

con la esperanza perdida,  
pero firme y convencido:  
—¡Lo que yo me he divertido  
allá, en la flor de mi vida!







## LA BODA

---

CON un frío de mil diablos  
metido hasta las entrañas,  
tras una noche de perros  
y en un carrillo de varas,  
llegué á casar á Perico  
ayer hizo una semana.

Fué el novio mi compañero  
en ciertas épocas malas,  
me quiso y me quiere mucho,  
y yo no le voy en zaga,  
de modo que al recibir  
la noticia en una carta,  
aunque aquel bendito pueblo

está en un rincón de España,  
cogí mi gorra de viaje,  
cien pesetas y una manta  
y me lancé como un rayo  
á través del Guadarrama.

—

Es B... (llamémosle B...)  
un montoncito de casas  
situado en una cuesta  
escabrosa y escarpada,  
y encerrado en unos muros  
como una nuez en su cáscara.  
Le ví cubierto de nieve  
que, como algodón en rama,  
lentamente descendía  
jaspeando las murallas,  
y parecíame entonces  
marmóreo cuerpo sin alma  
ó el cadáver de una aldea  
rebujado en una sábana.  
¡Y sin embargo, allá dentro  
viven hombres que trabajan,  
comen, beben, ríen, juegan  
y, por lo visto, se casan!

—

*Él*, con su ropa flamante,  
camisa recién planchada,  
botas de charol ceñidas  
y sombrero de copa alta;  
*ella*, con el ramo al pecho,  
muy ruborosa y muy guapa;



las convidadas con lazos,  
plumas, cintajos y bandas;  
los convidados luciendo  
los embozos de las capas;  
ellos, recién afeitados;  
ellas, recién empolvadas,  
y yo, como casi siempre,  
con barro hasta las pestañas,  
salimos hacia la iglesia  
sin hablar una palabra,  
como si el acto solemne  
nos encogiera las almas.

Estaba el pueblo á la puerta  
esperándonos en masa,  
que hay *boda de señoritos*  
cada veinte años, y gracias,  
y es una función aquella  
que no se pierde aunque caigan  
capuchinitos de bronce  
sobre el curioso que aguarda.

Además, que el caso ofrece  
ocasión pintiparada  
de decir barbaridades  
y bromas de más de marca.

Yo, arrollado por la turba,  
me quedé en la retaguardia  
entre un pelotón compacto  
de mujeres deslenguadas,  
que me pusieron de perlas  
y como ropa de Pascua.

—Diga usted, señá María,  
¿pa qué han traído esta espátula?

—¡To! será pa que se pueda  
revolver la limonada.

—¡Místele qué cara tienel

—¡Madrica! ¡si da una lástimal...

—Está tísico del pecho.

—¡Si fuá ese el novio, aviada  
iba la chica.

—Dejaile,  
que si gritáis se desmaya...

.....  
Entre tanto, allá en el atrio  
los dos muchachos juraban  
quererse mucho y de veras,  
entregándose las arras,  
y mirábanles las mozas  
tras un velo de esperanzas.  
Hubo bendición y misa,  
que á mí se me hizo muy larga,  
más que por la ceremonia,  
sencilla solemne y santa,  
por el diantre del *armonium*  
con honores de carraca.  
Y ya casado el buen Pedro,  
volvimos hacia su casa  
rodeados de chiquillos  
y zagalones con barbas  
que silbaban á los novios  
como si vieran un drama.

Apenas se disponía  
toda la gente invitada  
á asaltar un par de torres  
de almendras, guirlache y tarta,  
que en las mesas protegían  
un reducto de viandas,  
se armó en la calle un estruendo  
mayor que el de una batalla.  
Rudos golpes á las puertas,  
voces, silbidos, patadas,





bolas de nieve que vienen  
á romperse en las ventanas;  
en fin, una algarabía,  
que ni en el centro del Africa.  
—¿Qué es eso? (pregunté á uno.)  
—Los chicos, que se entusiasman.  
—¡Pobrecitos! y ¿qué quieren?  
—Que les echen avellanas.  
—Hombre, no; lo que ellos piden  
no es eso.

—¿Pues qué es?

—¡Cebadal





## ¡JUSTICIA SECA!

TE he visto por la calle lucir tus galas,  
altiva y desdefiosa y audaz y fría,  
como águila que al cielo tiende las alas  
y sin temor al viento le desafía.

Al mirar tu hermosura, tu gentileza,  
no queda entre los grupos un caballero



que no aborrezca al dueño de tal belleza  
que ha sabido adquirirla por su dinero.

Las señoras te envidian á todas horas  
por esos aderezos, y esos carruajes;  
las señoras de veras... ¡pobres señoras!  
¡ellas no tienen joyas, coches ni encajes!

El fango que te mancha te importa un bledo  
porque el vicio te presta cínica audacia...  
¡yo mis lamentaciones unir no puedo  
á los que se conduelen de tu desgracia!

Ya sé que es tu boato miseria todo,  
¡pero, al fin, la miseria del millonario!  
¿Que compasión infunde verte en el lodo?  
¡Eso no tiene nada de extraordinario!

Lo chocante es que á ratos quejarte puedas  
y rabiando maldigas la suerte aciaga.  
¿Desgraciada con perlas, blondas y sedas?  
¡Desgraciado es el tonto que te las paga!

Cuando evocas recuerdos de tu caída,  
en el tranquilo lago se alzan las brumas  
y encuentras, según dices, triste la vida...  
¡y al infeliz que coges me lo desplumas!

En el hogar sagrado la tea enciendes  
y á la familia honrada sin pan la dejas,  
caricias mentirosas prestas y vendes...  
¡Y te quejas del mundo! ¿Por qué te quejas?

De sentimientos nobles hiciste oficio  
y en el amor hallaste venero oculto;  
con raso y con diamantes cubres el vicio  
y la virtud ajada sufre el insulto.

¡Y á veces la amargura hierve en tu pecho  
y quiere de su cárcel romper las rejas!  
De quejarse las otras tienen derecho,  
pero tú que las pisas, ¿de qué te quejas?

El camino que sigues cubre de flores,

sin apreciar el oro con que te paga,  
estúpida falange de admiradores  
que en tus suspiros falsos loca se embriaga.

Eres gufa y espejo de pecadoras,  
¡y jamás te arrepientes, y nunca cejas!  
¡mientes cuando acaricias, y cuando adoras!  
¡Y hasta creo que mientes cuando te quejas!



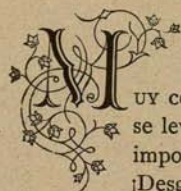


## ESTILOS

---

I

### NUÑEZ DE ARCE



UY cercano á la aldea, en el otero  
se levanta la mole del castillo,  
imponente guardián mudo y severo...  
¡Desgraciada campiña si el rastrillo  
atraviesa con ímpetu guerrero  
castellano feudal de horca y cuchillo!  
¡Alma de cieno vil, pero más dura  
que el bruído metal de la armadura!

---

¡Quedarán destruídos los hogares,  
si con el fuego no, con la piqueta,  
y caerán los pecheros á millares!  
Asesino feroz, nada respeta;  
ni al ministro de Dios en los altares,  
ni al venerable monje anacoreta  
que eleva su plegaria al infinito  
encerrado en su cárcel de granito...

II

VELARDE

Restregándose los ojos  
va el campesino á la siega,  
colgada la hoz del cinto  
y el sucio morral á cuestras.

Pardillos y cogujadas  
le saludan y festejan,  
dando brinquitos de gozo  
en las lindes de la senda  
que espadañas y tomillos  
rematan y festonean.

Entretanto, allá en el cielo  
audaz la alondra se eleva  
á saludar el retorno  
del sol, que anuncia su vuelta  
de las montañas oscuras  
en las lejanas siluetas.

Salta al surco la cigarra  
verdosa, ventruda y fea;  
margaritas y amapolas  
se estiran y desperezan,  
y á beber bajan los tordos  
del arroyo en la ribera.

Menuda tropa de insectos  
desde los pinares llega,  
con las gotas de rocío  
á emborracharse en la hierba.

A la misa de alba toca





el esquilón de la aldea;  
 el azul pardo del cielo  
 en grana y oro se trueca,  
 y asoma curioseando  
 por las empinadas crestas  
 el sol, que limpio y maduro  
 trozo de melón semeja.

## III

## CAMPOAMOR

Era al casarse Inés la más hermosa  
 de todas las doncellas del contorno,  
 y podía de un Duque ser esposa.  
 ¡El cuerpo escultural, como una diosa!  
 ¡El alma tan ardiente como un horno!  
 Y era Juan al casarse ¡cosa rara!  
 inocente zagal, que no sabía  
 lo que cualquier muñeco le enseñara,  
 sin tener todavía  
 ni simiente de pelos en la cara.

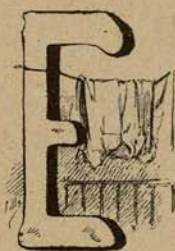
La ignorancia de Inés no era muy grave  
 si supiera algo Juan, ¡pero él no sabe!

Y al hallar mucho nuevo en aquel día  
 ella en los besos de él, él en los de ella,  
 en preludio el amor se quedaría  
 si no estuviera ingerto en picardía  
 el sencillo candor de la doncella.

¡Extraña intuición de los placeres  
 profundos y escondidos!  
 ¡Misterios que adivinan las mujeres  
 sin que se los enseñen los maridos!



## LA CAMISA DE LA LOLA



s la Lola una manola  
que vierte por donde pisa  
toda la sal española,  
y en la calle de la Bola  
está siempre por divisa  
la camisa,  
la camisa de la Lola.

¿Que esto es exageración?  
No hará tal afirmación  
el que por la noche pasa  
por enfrente de su casa  
y que, mirando al balcón  
del piso tercero, izquierda,  
colgadita de una cuerda  
puede siempre ver, á guisa  
de pendón ó banderola,  
la camisa,  
la camisa de la Lola.



No hay remedio, ó soy un bolo,  
ó deduzco de lo dicho  
que no ha de colgarla sólo  
por distracción ó capricho.  
¿Tendrá Lola algún manejo?  
Puede tenerlo, si quiere...  
¡nadal hasta que no me entere,  
de la mano no lo dejo.  
Tengo interés ¡carambola!  
y ha de sufrir mi pesquisa  
la camisa,  
la camisa de la Lola.

---

Me ha llamado la atención  
que si paso por allí  
cuando están de reunión  
ó visita, ó cosa así,  
no está el trapo en el balcón.  
Al dar las doce ó la una,  
todo se queda en sosiego,  
y la amistad importuna  
toma las de Villadiego  
después de mil apretones  
y codazos, y pisadas,  
y voces, y carcajadas,  
y saludos, y expresiones.  
Y en cuanto Lola está sola,  
salé á relucir aprisa  
la camisa,  
la camisa de la Lola.

---

¿Qué diablos quiere decir  
ese incomprendible afán  
de sacarla á relucir  
sin temor al *qué dirán?*  
Pues señor, digo y confieso  
que no doy con la razón  
del por qué se cuelga *eso*  
por la noche en el balcón.  
¡Esta es otra! ¡por la noche!  
¿Qué significa? ¿Qué pasa?  
Pero ¡tate! pára un coche  
á la puerta de su casa,  
sale de él un caballero,  
dice no sé qué al cochero,  
y allá se sube... ¡Hola, hola!  
¡Pues ya sé yo á quién avisa  
y en aras de quién se inmola  
la camisa,  
la camisa de la Lola!

—

¿Que esto es corriente? Ya sé  
que hay muchos como este caso;  
pero sin saber por qué,  
desde entonces, cuando paso  
por la calle de la Bola,  
¡vamos! me muero de risa  
al ver que al aire tremola  
la camisa,  
la camisa de la Lola.







CON PERMISO...

SIEMPRE con la moral! ¡Y siempre en guerra  
con los malditos vicios de la tierra!  
Hace usted bien, señora;

está la humanidad muy pervertida,  
la virtud postergada,  
la impiedad en creciente y triunfadora  
y el cinismo por norma de la vida,  
y ya no hay nada bueno, ó casi nada.

Usted, al predicar, lo mide todo  
por la moral que entiende allá á su modo,  
y esos sermones, con perdón, Marquesa,  
no compaginan bien con lo que veo.  
Dispense usted, por Dios, pero yo creo  
que la moral no es esa.

Usted es religiosa,  
cumple usted sus deberes  
como buena cristiana y buena esposa...

¡Así quisiera yo muchas mujeres,  
y sería otra cosa!

Pero cuando la veo  
ir á misa, al rosario, á los maitines  
ó con él, en el coche, de paseo,  
yo la deseo á usted con malos fines  
y es pecado mortal este deseo.

¿Que tengo yo la culpa? No, señora,  
porque usted es bonita, ¡muy bonital  
y al ver una mujer encantadora,  
emocionado el corazón palpita  
sin que yo lo permita.

¿Qué dice usted ahora?

Comprendo que le guste á su marido  
ese pie pequeñito y bien calzado,  
ese talle flexible bien ceñido,  
y el seno exuberante levantado.

Pero aunque usted se asuste,  
de su moralidad en el exceso,  
no se puede evitar que á mí me guste  
y me condene al fin, sólo por eso.



El alma apasionada  
no podrá contenerse de seguro;  
y ¿cómo el sentimiento ha de ser puro  
estando usted casada?

Ni tampoco ha de verse condenada,  
por tener ese rostro y ese talle,  
á no andar por la calle.

Usted no ha de aburrirse con el tedio,  
y yo la adoro siempre por hermosa.  
¡Esta inmoralidad es una cosa  
que no tiene remedio!

Usted seguirá siendo virtuosa  
y yo seré tal vez muy virtuoso;  
pero usted es incitante, yo hago el oso,  
y es justo comprender, linda Marquesa,  
que la moral no es esa.





## ASTRONOMÍA

V A de historia y no es camelo.  
Por razones poderosas,  
el cigarro es de las cosas  
prohibidas en el cielo.

Y no hay rincón ni lugar  
en el celestial verjel  
donde no haya este cartel:  
«No se permite fumar.»

Lo ha mandado el Padre Eterno  
y no hay que echarlo á barato;



porque el que falta al mandato  
va de cabeza al infierno.

Pero abundan los delitos;  
cuando el arcángel guardián  
vuelve la cara, ya están  
fumando los angelitos.

Pecar es cosa corriente;  
de esas faltas infinitas  
resultan las lucecitas  
que llama estrellas la gente.

.....  
Una noche un querubín  
halló un cajón muy bonito;  
fué curioso el pobrecito  
y rompió la tapa al fin.

¡Eran brevas imperiales!  
dió por el cielo una vuelta...  
¡dormían á pierna suelta  
los serenos celestiales!

Contento con su cajón,  
á éste empuja, al otro llama...  
y al fin saltó de la cama  
toda entera una legión.

¡Qué chupadas! ¡qué derrochel!  
Mas quiso la suerte fiera  
que á San Marcos le doliera  
la cabeza aquella noche.

Y haciéndole poca gracia  
el olor acre y molesto  
del tabaco, y muy dispuesto  
á castigar tal audacia,  
se calzó los escarpines,  
cogió en la diestra un bastón,  
y viendo allá en un rincón  
al grupo de querubines,

empezó á andar de puntillas.  
Los chicos se estremecieron  
y en seguida que le vieron  
arrojaron las colillas...

.....  
—¿Qué es eso? ¡Lluvia de estrellas!  
—dijimos en este mundo,  
y con asombro profundo  
fijamos la vista en ellas.

—El fenómeno es notable.  
—¡Pues esto algo significal  
—¿Qué será?  
—¿Cómo se explica?  
—¡Que hable la ciencia!

—¡Que hable!

Se discutió de mil modos,  
y no saliendo del paso,  
se metió á explicar el caso  
el mejor sabio de todos.

Estudió á conciencia el hecho,  
dió la solución muy clara,  
y para que se quedera  
todo el mundo satisfecho,  
dejó el sabio el fallo escrito  
en un millar de cuartillas.

.....  
¡Y fueron las cien colillas  
á perderse en lo infinito!







## LA FUENTE DE LA TEJA

(APUNTES PARA UN SAINETE)

I.

QUIERE usted bailar, salero?

—No bailo con militares.

—¿Por qué?

—Porque hay mucha gente,  
y á lo mejor, con el aire,  
se la enreda á una la falda  
con las espuelas ó el sable,  
y me da mucha vergüenza.

—¡Si no trajera usted al baile  
sucias las enaguas!...

—¡Hombrel

¿y usted por dónde lo sabe?

—¡Como no quiusté enseñarlas!

—Pus están como el diamante  
de limpias.

—Vamos á verlo.

—¡Basta que usted me lo mande,  
so morrall

—Claro que basta.

—¡Ni que fuera usted mi padre!

II

—¿Nos columpamos, Manuela?

—Hoy no puedo, porque es fácil  
que se me vaya la vista  
y me caiga en cualquier parte.

—¡Qué! ¿estás débil?

—Un poquillo.

Se empeñó aquél esta tarde  
en que probara los callos  
del merendero del Fraile,  
y... ¡ahí tienes tú! Como el vino  
me da esos mareos, ¿sabes?

—Y ¿dónde has dejao al hombre?

—Se le han llevao á la cárcel.

—¿Por qué?

—Por una injusticia.

Como él quiso convidarme  
porque se le figuraba



que yo tendría seis reales,  
y no los tenía, ¿entiendes?  
se armó una bronca mu grande,  
y ¡claro está! le pusieron  
á la sombra hasta que pague.  
—De modo que cuando salga...  
—Cuando salga ¡Dios me ampare!  
me va á costar la merienda  
tres duros de cardenales!

III

—Chica, ¿por qué te has traído  
esa cara de vinagre?

—¿Y á ustedé qué le importa, feo?

—Me importa.

—Pus aliviarse;  
no me gustan los horteras.

—¡Te digo que no me faltes!

—¡Que no le faltel! ¡Qué gracial!

¡Pus si vive ustedé en mi calle  
y le he compraó veinte veces  
lantejas con habitantes!

IV

—¿Andas detrás de la Braulia

—Veremos.

—Pues no te canses.

—¿Por qué?

—Porque hace ocho días  
la dejó el cabo Peláez,  
porque la dan pa la compra  
na más diez y siete reales.

V

—¡Bébetela!

—No me cumple.

—¿Me vas á hacer un desaire?

¡Miá que me enfado contigo!

—Vamos, hombre, no te enfades,  
que sí que la bebo.

—¡Viva

la familia de tu madre!

¡Así me gustan las hembras!

—¿Te gusta que se emborrachen?

Pues á mí no, porque luego

la señorita lo sabe

porque lo huele, y me pone

de patitas en la calle.

—¿Y qué que te ponga?

—¡Toma!

¡que no me arrecoge naide!

—¡Que no la arrecoge! ¡Vamos

¿Pus para qué pasa mangue

tos los días á las ocho

con el carro de la carne?



VI

—Esto de los caballitos  
da gusto... ¡Dale que dale,  
sin parar, muerto de risal  
¡No sé cómo hay quien se cansel!  
¿A ver? Justo. Me he gastado  
tres pesetas y dos reales,  
y he dado mil quince vueltas...  
Me he divertido bastante.





## CAPRICHOS

---

Á mí me entusiasman las hembras de brío  
ceñudas y fieras,  
de altivo carácter, de genio bravío,  
más agrio, más rudo, más fuerte que el mío,  
que es fuerte de veras.

---

Mujeres de hierro que mandan mirando,  
que á golpes me tratan,



que mezclan volubles lo duro y lo blando,  
que insultan y lloran y pegan besando,  
que adoran y matan.

—  
Me cargan, me hastían los goces sin duelos,  
¡valiente pamplina!  
Yo quiero emociones; arranques de celos,  
cachetes, rabieta, halagos, consuelos...  
¡y á ver quién domina!

—  
Dejar que me abrasen sus ojos de fuego,  
y dándome á buenas  
hacer que no entienda ni vea mi juego;  
caer, maniatado, de hinojos, ¡y luego  
romper las cadenas!

—  
Mirar cómo, airada, me ofende mi niña  
con fieros desdenes;  
buscar como ayuda cualquier socaliña  
diciendo á su oído, durante la riña:  
—Pichona, ¿qué tienes?

—  
Pedirla perdones, cantar su hermosura,  
llamarla:—¡Mi dueño!  
y cuando su rabia se trueca en dulzura  
decirla sandeces con frase muy dura,  
mirarla con ceño...

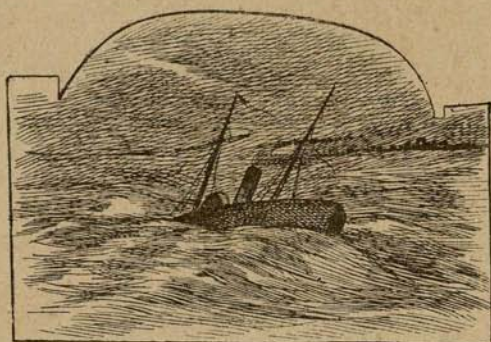
Cuando ella se yergue, rendirme humillado;  
cuando ella se humilla,  
tratarla altanero, terrible y airado,  
y así entre las olas, ni puente ni vado,  
¡jamás en la orilla!

—  
Con besos y golpes mezclar necesito  
la risa y el llanto...

.....  
(¡Lo que es este mundo! Después de lo escrito  
¡cualquiera diría que soy un bendito  
con visos de santo!)







## NIÑERÍAS

---

**A**L sonar las campanadas  
tristes, monótonas, lentas,  
que marcan las oraciones  
en la torre de mi aldea,  
cuando retumbaba el trueno  
por entre las nubes negras  
y entraba el viento silbando  
por el quicio de la puerta  
y el recio turbión caía  
golpeando las vidrieras  
como si diablos pequeños  
quisieran trepar por ellas,  
suspendía de repente  
su cuentecito la abuela

y quitándome la gorra  
me decía:—Vamos, reza  
por todos los pobrecitos  
viajeros de mar y tierra.—

Yo, asustadico y medroso,  
me apretaba contra ella  
como buscando en sus besos  
inexpugnable defensa  
contra la ronca amenaza  
de la cercana tormenta,  
y rezaba un Padrenuestro  
mal aprendido en la escuela  
pidiendo al Dios de los cielos  
que perdonase mis deudas,  
en vez de pedir socorro  
para los que padecieran...

—

Hace tres ó cuatro meses,  
allá en la costa gallega,  
pegado á la barandilla  
de estribor, como una oblea,  
desencajado el semblante  
y temblándome las piernas,  
asistí del mar y el hombre  
á la batalla tremenda.  
Rechinaba el maderaje,  
resoplaba la caldera,  
de los azotes del viento  
se iban quejando las vergas,  
y al asalto se arrojaban  
las olas en la cubierta,  
como palacios, de grandes,  
y como el betún, de negras.



El barco, perdido casi  
entre las sombras espesas,  
en luchar contra el abismo  
iba gastando sus fuerzas.

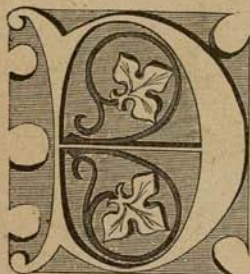
Una lucecita débil  
hacia la parte de tierra  
vino á distraerme el miedo.  
—Timonel, ¿qué luz es esa?  
(le pregunté), ¿no es un faro?  
—No señor, es una aldea.—

—¡Una aldea! pensé entonces:  
la tranquilidad completa,  
un suelo que no se mueve,  
gentes que duermen y sueñan  
sin acordarse del monstruo  
que se enfurece y se encrespa  
ni del viento que en sus alas  
á los peñascos nos lleva.  
Pero ¿quién sabe? ¡Allí acaso  
también á estas horas reza  
por nosotros algún niño  
en los brazos de su abuela!—

Y ya se me dió un ardite  
del crugido de las vergas  
y la rabia de las olas  
y el soplar de la caldera,  
¡como si al pedir el chico  
que perdonasen sus deudas  
pidiese también socorro  
para los pobres que tiemblan  
amarrados á las bordas  
como el marisco á las peñas!



¡OH, LA ARCADIA!



DECORACIÓN de bosque. Allá á lo lejos  
cierra la perspectiva una montaña  
que el sol naciente baña  
con vívidos reflejos.

Una fuente murmura  
y de ella brota el agua á borbotones,  
y cantan jilguerillos y gorriones  
en la jaula sin fin de la espesura.)

LA ZAGALA (poniéndose una rosa  
en el lado derecho del rodete):

—¡Oh, qué dichosa soy! ¡Oh, qué dichosa!

¡Me gusta ser hermosa

para volver tarumba á ese zoquetel

EL PASTOR (que aparece):—¿Me llamabas?

(efecto teatral de á real y medio).

LA PASTORA:—No tal; pero tardabas,

y me abrasaba el tedio.

LA FUENTE (como siempre, *murmurando*):

—(Esta chica habla bien para su clase).



—Dijiste que á las cinco te esperase  
y son las cinco y media. ¿Desde cuándo  
te has hecho distraído  
y acudes á las citas media hora  
después de lo ofrecido?

—Perdóname, pastora;  
me acosté un poco tarde ¡y me he dormido!

—¡Y dices que me quieres!

—¡Y lo dudas, bien mío! ¿Pues no sabes  
que he despreciado veinte mil mujeres  
por entregarte de mi amor las llaves?

—¿Veinte mil?

—Veinte mil.

—¿Eso es de veras?

—¡De veras!

—Me parece que exageras.

—Mira; siéntate aquí, sobre esta roca,  
y bríndame el placer de tu mirada,  
mientras tu corderillo abre la boca  
para engullir la *hierba aljofarada*.

Te pintaré mi amor incandescente  
con frases de ambrosía,

hasta que, oculto el sol en Occidente,  
volvamos tú á tu casa y yo á la mía.

—Y ¿qué hemos de comer á medio día?

—¡Comer! ¿y quién se acuerda de esa prosa  
delante de zagala tan hermosa?

Oiremos, cogiditos de las manos,  
el poético són de los cencerros,  
y el ladrar de los perros  
en los montes cercanos.

La brisa besaré cápidamente  
tu cabellera blonda

y envuelto en cada onda

te dejará un perfume diferente.

Nos cantarán preciosos *ritornelos*,  
al traer la comida á sus hijuelos,  
los pájaros alegres y habladores  
que envidian mis amores.

¡Así nos pasaremos todo el día!  
¿no te parece bien, zagala mía?

LA ZAGALA (prendiéndose la rosa):

—¡Oh, qué dichosa soy! ¡Oh, qué dichosa!

LA FUENTE (como siempre, muy *serena*  
y siempre murmurando *sotto voce*):

—¡Si no van á hacer más hasta la noche,  
no valía la pena!









# ÍNDICE

---



Páginas.

---

Ni fú, ni fá.....	1
Tres cartas.....	3
Microcosmos.....	6
La primavera.....	8
¡Mire usted qué demonio!.....	11
Al menudeo.....	12
El drama eterno.....	15
¡A buena hora!.....	18
Disgusto doméstico.....	21
A Madrid me vuelvo.....	24
La siesta (parodia de Zorrilla).....	27
¡No escribo!.....	31
Humoraditas (imitación de Campoamor).....	34
¿Que quién soy yo?.....	38
La batalla.....	41
Inocencia.....	44
El medio ambiente.....	48
Romance caballeresco.....	51
Conato de seducción.....	55
La defensa.....	58
Incidente parlamentario.....	61
Profesión de fé.....	64
Del Rastro.....	67
La fiebre.....	70
El primer beso.....	73
¡No me arrepiento!.....	76
Contagio.....	79
¿Qué es amor? (parodia de Campoamor).....	81
B. L. P.....	84
¡Hala, hala!.....	87
En la cárcel.....	90
Borrachera.....	93
Consejo gratis.....	96
La Nochebuena.....	98
A un fanfarrón.....	101
En la variación está el gusto.....	104
¡Caballos!.....	108



Rectificación.....	112
A un postergado.....	114
Confiteor.....	117
El torneo.....	120
Excma. Sra. Condesa de.....	123
La tentación.....	127
Sobre gustos.....	131
En confianza.....	133
Cosas de niños.....	136
Cosas de jóvenes.....	139
Égloga (como las antiguas, pero á la moderna).....	143
El Ángel de la guarda.....	146
Adorable Matilde.....	149
El regimiento de desecho.....	153
¡Veinticinco años!.....	157
La boda.....	160
¡Justicia seca!.....	165
Estilos.....	168
La camisa de la Lola.....	171
Con permiso.....	174
Astronomía.....	177
La fuente de la Teja.....	180
Caprichos.....	185
Niñerías.....	188
¡Oh, la Arcadia!.....	191







1015327



